

EL AÑO NO QUE NO DEJÓ DE LLOVER DE LLOVER

EVA M. SOLER - IDOIA AMO



1ª Edición: Abril 2016

**©2016 by Eva. M . Soler ©2016 Idoia Amo
©2016, de la presente edición en castellano
para todo el mundo: Ediciones Coral Román-
tica (Group Edition World)**

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Diseño de cubierta:

© by Nune Martínez

Conversion a epub:Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

SINOPSIS

“ Bienvenidos a Kiltarlity. Un pequeño pueblo escocés donde no faltan los hombres rudos, los dialectos imposibles, la tradición de los clanes milenarios y, por supuesto, la persistente lluvia.

A sus treinta y dos años, Leslie Ferguson ha logrado alcanzar el éxito en el trabajo y posee un alto nivel económico, pese a que su carácter avinagrado no despierta demasiadas simpatías en sus relaciones sociales. Cuando es enviada a un pequeño pueblo de Escocia por motivos laborales, la estirada joven no tiene más remedio que viajar hasta allí acompañada por su ayudante personal, Shane. Pronto, Leslie descubrirá que su refinado estilo de vida no es compatible con este lugar: sus empleadas no la respetan, no tiene centros comerciales donde satisfacer su vena consumista, y el encargado de ayudarla en su proyecto es un atractivo highlander que no para de burlarse de ella.

Pero lo que parecía ser una pesadilla compuesta por niebla, humedad y gente tosca, no solo pondrá a prueba su paciencia durante un año, sino que cambiará su vida de forma radical...”

EL AÑO QUE NO DEJÓ DE LLO- VER

Idoia Amo

M. Soler

Eva

Contenido

<u>INVIERNO</u>	<u>3</u>
<u>Doce puntos</u>	<u>4</u>
<u>Once puntos</u>	<u>26</u>
<u>Diez puntos</u>	<u>45</u>
<u>Nueve puntos</u>	<u>65</u>
<u>PRIMAVERA</u>	<u>81</u>
<u>Ocho puntos</u>	<u>82</u>
<u>Siete puntos</u>	<u>96</u>
<u>Seis puntos</u>	<u>108</u>
<u>VERANO</u>	<u>126</u>
<u>Cinco puntos</u>	<u>127</u>
<u>Cuatro puntos</u>	<u>143</u>
<u>Tres puntos</u>	<u>158</u>
<u>OTOÑO</u>	<u>173</u>
<u>Dos puntos</u>	<u>174</u>
<u>Un punto</u>	<u>189</u>
<u>Cero puntos</u>	<u>200</u>

INVIERNO

Del 21 de diciembre al 20 de marzo

20 días de lluvia

20 días de nieve

5 días de aguanieve

5 días de tormentas

10 días con niebla, lluvia, nieve y tormentas

Doce puntos

Leslie Ferguson colgó el teléfono con un golpe brusco. La expresión de su rostro era una mezcla entre incredulidad y cabreo, con un tanto por ciento más elevado de lo segundo, y eso que su última inyección de *botox* le ponía muy difícil expresar emociones. Un *botox* innecesario, ya que tenía unas facciones preciosas, con pómulos marcados, ojos y cabello oscuro, figura armoniosa... pero, al igual que muchas mujeres, había caído en la trampa de la promesa de la eterna juventud. Y eso que solo tenía treinta y dos años, pero daba igual: cuanto antes se preparara para lo que estaba por venir, mejor.

Se tomó unos minutos para asimilar lo que acababa de escuchar al otro lado de la línea: tenía que viajar a Escocia. Un par de semanas atrás, su jefe le había pedido que fuera hasta allí para buscar algún terreno óptimo de cara a la construcción de un campo de golf de lujo. La campiña escocesa era muy apetecible, sobre todo en pueblos pequeños donde había posibilidad de conseguirlos a un precio razonable. Sin embargo, Leslie no quería ni oír hablar de ese viaje, de manera que se había negado a ir.

—Es mucho mejor buscar en Irlanda —había sido su comentario.

Alan, jefe de la empresa, había torcido un poco el morro ante aquel pequeño motín; ya insistiría más adelante. Pero ella dejó claro que no deseaba viajar a Escocia, porque durante la semana siguiente le había presentado un montón de proyectos en Irlanda, de los cuales naturalmente se había encargado Shane, su ayudante personal. Que ahora que lo observaba con su mirada de halcón desde su despacho, parecía no haber dormido en días, pero eso a ella le daba igual.

Lo importante era la llamada. De Kiltarlity, un pueblecito perdido escocés con menos de mil habitantes. Apretó un botón de su teléfono y esperó.

—¿Sí?

—Shane, métete en *Google* y busca información sobre Kiltarlity. Está en Escocia.

—En seguida te lo mando.

—En dos minutos. —Y colgó.

Ignoró la cara que estaba poniendo su ayudante, y empezó a jugar con el bote de los bolígrafos hecha un manojo de nervios. Miró fijamente el segundero del reloj, tratando de no perder el control, pero es que ese nombre... ese nombre era el último que le apetecía escuchar.

Descolgó el teléfono otra vez.

—¿Shane?

—¡¿Qué?! Solo ha pasado un minuto, ¡dame tiempo!

—Ven a mi despacho.

Y de nuevo depositó el auricular con tanta fuerza que sin duda los del piso superior debieron sentirlo. Se cruzó de brazos resoplando, mientras Shane se tomaba su tiempo para llegar. Leslie sabía que lo hacía a propósito. Era el mejor ayudante del mundo, y por lo general sabía estarse callado, pero de cuando en cuando le asomaba aquel ramalazo irlandés y se ponía impertinente... Menos mal que había conseguido, después de meses, que fuera a trabajar con traje y no con vaqueros, como era su intención. Leslie le llevaba tres años, pero parecían muchos más ya que Shane, con sus ojos claros y su pelo castaño algo más largo de lo deseable, tenía un aire demasiado juvenil. Y buenos pómulos, que ya los querría para sí misma. Sí, los suyos también eran impresionantes, pero así era Leslie. Quería sus pómulos, y los de los demás. Era esa clase de mujer.

Cuando la puerta se abrió, soltó un largo resoplido.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico.

—Ven —le ordenó, en un tono que no daba lugar a duda.

—Estoy en ello —replicó Shane, sin acelerar su ritmo.

—Mira, Shane, hoy no es el mejor día para que me vengas contestón. No quisiera tener que despedirte.

No lo haría y ambos lo sabían, pero Shane miró al techo y llegó hasta su sitio. Leslie no encontraría un ayudante/secretario/esclavo tan eficiente como él que aguantara su carácter y lo tenía claro, pero la llamada la había puesto de tan mal humor que le resultaba difícil controlarse, y Shane era el blanco perfecto para volcar su cabreo. Cogió aire para calmarse y no seguir por ahí; después de seis años trabajando para ella esperaba que no la tomara en serio, pero nunca se sabía cuándo podía asomar «el ramalazo irlandés».

—Yo tampoco, Leslie —lo oyó decir, y eso la tranquilizó.

—Me acaban de hacer una llamada que... a ver si me explico: me han llamado de un pueblo escocés llamado Kiltarlity...

—¿Has dicho Kiltartily?

—No, al revés, Kiltarlity.

—Kiltarlity, entendido. Anda que no es difícil de pronunciar... sigue, ¿por qué te han llamado?

—Mi padre está en coma —soltó de sopetón.

Shane la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Tienes padre?

—No seas idiota, ¡claro que tengo padre! —refunfuñó Leslie, pegando un golpe encima de la mesa para evidenciar su enfado—. ¡Todo el mundo tiene padre!

—Ya, pero como nunca te he oído hablar de tu familia para nada... ya me entiendes.

Seis años trabajando para ella, y era la primera vez que la escuchaba mencionar algo remotamente parecido a un familiar. Lo único que sabía de su jefa en ese aspecto era que se había criado con su madre, y que esta había muerto justo al cumplir Leslie los dieciocho años.

Era curioso: sabía todo tipo de detalles irrelevantes sobre su jefa, como su talla de ropa, el perfume que usaba, la

comida vegana que consumía, lo que ganaba, su decorador... pero nada personal. Bueno, le hacía las reservas en los restaurantes cuando por algún extraño milagro tenía una cita, pero nada más. Y esas citas rara vez se repetían, lo que por otro lado era normal, ya que Leslie era insoportable y aún no se había percatado de que no podías tratar igual a tu ayudante que a un hombre con el que salías de forma romántica. Pero a él no le pagaban para explicárselo, así que pasaba de complicarse la vida intentando humanizar a su jefa.

—Pues tengo. Un padre que vive en Kiltarlity, y esto es lo mejor: es el alcalde.

Shane se quedó esperando la siguiente parte, la que le había hecho enfadar.

—Como está en coma —continuó ella—, parece ser que reclaman a su hija para que se encargue de sus asuntos allí... por lo visto, es mi obligación.

—¿Sustituir a tu padre alcalde? —Leslie asintió—. Vale, déjame ver que encuentro.

Empujó la silla giratoria para apartarla del escritorio con todo el descaro del mundo, algo que Leslie decidió pasar por alto. Desde luego, ¡qué paciencia tenía! Estaba segura de que ningún otro jefe consentía a sus ayudantes tanto como ella al suyo... aunque no tenía otro remedio, ya que no le apetecía en absoluto ponerse a bucear entre burocracia para obtener respuestas. La parte aburrida era cosa de Shane, no suya, así que se incorporó para ir hasta la cafetera de cápsulas último modelo y le dejó indagar a través de internet, mientras escogía entre los cafés de origen orgánico.

Tras dar al botón y añadir unas gotas de leche de soja, dio un sorbo e hizo un gesto de desagrado. Hasta el café le sabía mal, ¡puñeteros escoceses!

—Aquí pone que es una costumbre milenaria de los clanes de la zona y que siempre se ha respetado —informó Shane, en tono neutral.

A Leslie le faltó poco para tirar el café del impacto.

—¿Me estás diciendo que tengo que ir? —preguntó, agarrando la taza con tanta fuerza que parecía a punto de romperla.

—No, no, yo solo te informo de lo que pone aquí. Supongo que podrías librarte juez mediante, o algo así, pero no creo que valga la pena.

Leslie lo fulminó con la mirada.

—No quiero ir a Escocia.

—Sé que Escocia no está en el top de tus lugares favoritos para viajar, pero si lo piensas con calma verás que no es tan grave. Vas, te informas de qué sucede exactamente, y ya de paso pues... ¿ves qué tal está tu padre?

Ella hizo una mueca.

—No me importa cómo está mi padre.

—Eso ha sonado duro hasta para venir de ti —Shane regresó al ordenador, dejándola pensativa hasta que volvió a hablar —. Vaya, sí que es pequeño. Es verdad que tiene menos de mil habitantes, pero oye, parece que los terrenos son espectaculares.

Leslie permaneció en silencio, cruzada de brazos, mientras su cabeza trabajaba a toda velocidad: no, por descontado que no le apetecía ir allí, y menos ver al capullo de su padre, por muy en coma que estuviera. No es que le interesaran los rollos de un pueblucho de mala muerte perdido en la campiña, pero por otro lado, podía aprovechar ese viaje para dar con los terrenos que buscaba Alan. Quizás podía sacar algo positivo económicamente de aquella eventualidad, si se hacían con esas tierras significaría mucho dinero para ella.

Shane la observó, alzando una ceja.

—¿Qué estás pensando? Conozco esa cara.

—Podemos ir —Leslie ya parecía haberlo decidido—. Aunque lo de mi padre y la alcaldía es lo de menos.

—¿Podemos? —repitió él, sin cambiar de cara.

—Sí, claro. Esto es trabajo, tienes que venirte conmigo —se aproximó hasta su mesa, donde Shane continuaba mi-

rándola sin dar crédito—. Aprovecharemos el viaje para buscar los terrenos que quiere Alan. Ya que tengo que ir hasta allí para evitar alguna estupidez legal, qué menos que sacar provecho de ello.

Shane empezó a protestar.

—Me has tenido una semana trabajando en modo esclavo sobre Irlanda, ¿y ahora me dices que has cambiado de opinión?

—No seas dramático —replicó Leslie—. Sé que has dormido poco los últimos días, pero ya que se ha presentado la ocasión tenemos que...

Él empezó a hacer cálculos rápidos mientras Leslie seguía disertando. Ese viaje, con ese trabajo, implicaba tiempo.

—Es Diciembre —insistió.

—¿Y qué?

—Leslie, ese viaje se va a alargar mucho y lo sabes de sobra. ¿Me vas a tener trabajando en Navidad? —Puso cara larga.

—¿Qué pasa, tenías planes? —preguntó, con cierto tono despectivo.

Para ella, las navidades no significaban nada. De hecho, despreciaba esa época del año, con sus celebraciones y sus comilonas. No entendía qué tenía de especial sentarse en una mesa rodeada de familiares. Le daba urticaria solo de pensarlo, por no hablar de la ingesta de carbohidratos, la cual se le antojaba impensable.

—La gente suele reunirse con su familia en navidad, ¿lo sabías?

—Bah, en tu casa sois muchos, no creo que tus padres noten que falta uno de sus hijos —respondió Leslie sin darle importancia.

Una vez se había interesado por la familia de Shane, y casi había sufrido un mareo cuando él había empezado a dar nombres, tantos que había hecho un gesto para inte-

rrumpirlo. Después había anotado en su agenda no volver a sacar el tema: no le interesaba.

—Pero... —empezó a decir el chico.

—En el fondo te estoy haciendo un favor y lo sabes. ¡Con lo tediosas que son las reuniones familiares! —Al ver que Shane iba a replicar, hizo un gesto tajante—. Bueno, se acabó la parte en la que parezco una jefa comprensiva. Vete a buscar los vuelos y el alojamiento, y si no quieres venir, entonces busca a alguien que te reemplace.

Shane sacudió la cabeza, pero se levantó y abandonó el despacho, seguramente mordiéndose la lengua para no decir nada de lo que se pudiera arrepentir después.

Leslie se encogió de hombros. Ya se le pasaría, es más: seguro que después le agradecía haberle ahorrado esa reunión familiar.

* * *

Cuando dos días después Leslie terminó de hacer sus maletas, también aprovechó para mirar con cariño su precioso y elegante apartamento en Southwark; las vistas al Támesis siempre le habían parecido maravillosas, y la zona era de las mejores de Londres. Aguardaba al taxi que debía recogerla para ir al aeropuerto, y no podía evitar pensar que era una triunfadora. Que una mujer de su edad tuviera ya esa posición...

Una hora después sonó el timbre; se aproximó para pulsar el botón, y el portero le indicó que su taxi había llegado, y que el conductor subiría para ayudarla con el equipaje. Vio como el buen hombre palidecía al ver las tres maletas y a la dueña de ellas, que con aquel aspecto estaba claro que no pensaba echarle una mano para trasladarlas hasta el automóvil.

No se confundió, por lo que tuvo que hacer dos viajes, y al fin Leslie se dignó a sentarse en la parte trasera del vehículo con gesto distante. Observó con melancolía su

edificio mientras se alejaban, pero se recompuso; seguro que donde iban encontraría algo a su altura. Aunque fuera pequeño, eso no significaba que no pudiera tener algunas viviendas de lujo... todos los sitios tenían zona buenas y menos buenas, así que dejó de dar vueltas al tema. Shane había comentado algo sobre la escasez de alojamientos, pero seguro que solo lo había dicho por fastidiarla, y olvidó del todo el tema cuando el coche se detuvo.

El taxista cogió la propina, pensando que tendría que reinvertirla en una visita al masajista, y dejó a aquella estirada que vestía como una ejecutiva en el aeropuerto. Shane ya la estaba esperando, con cara de mal humor.

—Llegas tarde —le dijo.

—¡Pero si el avión no puede marcharse sin nosotros! Calma. Avisa a quien sea para que se lleve mi equipaje, ¿quieres?

—Tienes que facturar tú misma —replicó él, y Leslie lo miró sin entender—. Esto es un Easyjet, no hay primera clase.

Leslie abrió la boca, incrédula.

—¿Que no hay primera clase?

—Exacto. Vas a tener que ir en turista. —Shane la empujó hacia la cola.

—Pero... —Ella miró alrededor, como si buscara ayuda—. ¿Tengo que encargarme yo de todo? —Vio como el chico asentía y sintió un odio intenso hacia el universo—. Pero si apenas puedo con una sola de esas maletas... Shane...

Hizo un intento de poner cara de pena, recurso que había observado infinidad de veces en muchas mujeres a lo largo de su vida. Siempre funcionaba, sobre todo con los hombres... jamás había usado ese as, como ella era autosuficiente no lo necesitaba. Quizás debiera practicar: estaba claro que no lo hacía bien porque Shane la miraba como si le faltara un tornillo.

A la mierda.

—Ayúdame ahora mismo —ordenó, tajante.

—Pero, ¿qué llevas aquí? —protestó él, haciendo rodar las maletas mientras la fulminaba con la mirada.

—Todo —dijo Leslie, sin mentir.

No sentía el menor remordimiento al ver su esfuerzo por mover su equipaje... era una mujer, necesitaba muchas cosas y todo el mundo lo sabía. Su ropa, de diseño y calidad, para cualquier situación o fiesta; los zapatos, botas... todo de tacón, por supuesto. Las planchas del pelo: vitales. Desde los trece años, su cabello había dejado de ser ondulado para lucir un liso asiático de lo más elegante, lo que iba estupendo con su imagen profesional. Sus cremas y cosméticos, sus perfumes, carpetas de trabajo, el portátil, y así un montón de artículos imprescindibles. Imprescindibles en su vida, pero que mejor si acarreaba otra persona que no fuera ella. Además, acababa de hacerse la manicura y Orson le cobraba un dineral cada vez que acudía a visitarlo en su salón de belleza. Aunque era dinero bien invertido, por supuesto, pero el problema era que no sabía cuándo podría hacerse una de nuevo. A saber qué salón de belleza había en ese pueblo, ella no dejaba que cualquiera tocara sus preciosas uñas.

Esperó a que llegara su turno, un poco nerviosa porque había ido con el tiempo justo, sin saber que debería hacer cola porque no había clase *business*. ¿Cómo era posible aquello? Iba a protestar cuando al fin le tocó.

—Hola. —La joven tendió la mano para que le diera su identificación y la buscó en el ordenador—. Sí, Leslie Ferguson. ¿Equipaje para facturar?

—Solo esto. —Señaló ella con indiferencia.

—Sí, solo estas tres maletas de cien kilos cada una —añadió Shane con una mueca.

Leslie lo ignoró, girándose a la joven con una sonrisa que venía a decir «los hombres no entienden que nosotras necesitamos muchas cosas». La chica echó un vistazo, y no pareció empatizar mucho con ella, porque tecleó en su pantalla y dijo: